

MÁS ALLÁ DE LA VIDA

Tenía 22 años cuando me consideraba una chica afortunada, ¿por qué? Porque contaba con la dicha de tener a mis cuatro abuelos vivos, hasta que un día la ley de la vida se pronunció a través de una llamada, esa que no quieres recibir nunca, esa para la que no estás preparado, esa que te niegas a escuchar. Esa llamada entró a nuestro teléfono cuando justo, mis padres y yo estábamos en casa comiendo con mis abuelos maternos, quienes estaban de visita en nuestro país. La voz del otro lado del teléfono avisó a mi padre: “Hermano, mi papá se desmayó y no reacciona, ¡ven por favor!” Inmediatamente todos nos miramos y el semblante de cada uno fue cambiando hasta que llegamos a casa de mi abuelo Luis, mis primos lloraban y mi abuelita desconsolada abrazaba y se sostenía de los que íbamos llegando. Su compañero de vida, el padre de sus cinco hijos, su esposo, su pareja, su amigo, su apoyo, se había ido, un infarto fulminante le abrió la puerta para dejar este mundo. Fue la primera vez que experimenté un dolor tan profundo, que me negaba a ver eso como una realidad, pensaba que estaba soñando, que no era verdad, que alguien llegaría a despertarme y todo seguiría igual, sin embargo, el tiempo fue avanzando hasta que todos reunidos entre abrazos y sollozos lo despedimos. ¿Quién era mi abuelo Luis? Un señor gruñón, de hecho, ese era su apodo, “el Gruñón”, pero con un noble corazón, que estaba siempre al pendiente de sus cinco hijos varones, que aunque ya eran todos mayores de edad y estaban casados, él tenía ese instinto de preguntar por ellos, de querer tenerlos cerca, de apoyarlos cuando lo necesitaban, amaba las reuniones familiares, gozaba de ver a todos comer, reír, platicar y aunque temprano se iba a su

recámara, el saber que estábamos en su casa lo hacía inmensamente feliz. Tengo que decir que con él aprendí una lección y el costo fue muy alto: decir te amo en cada oportunidad, apapachar sin medida a mis seres queridos, visitar y estar cerquita cuando la distancia así me lo permite y es que a veces actuamos como si el tiempo fuera eterno, como si cerrando los ojos y volviéndolos a abrir todos permaneciéramos, sin embargo, con mi abuelo me di cuenta que ya no estaba aquí y me quedó un hueco en el corazón por lo que no logré decir y hoy daría cualquier cosa por regresar el tiempo, verlo otra vez y darle todo lo que me faltó y expresarle con cada detalle lo diferente que hacía mi vida, ¡te amo abuelo Luis! Y si en algún lugar de este espacio te encuentras, gracias por ser mi abuelo y por cada día que pudimos compartir.

Doce años después, un día desperté como cualquier otro, comencé a hacer mis actividades, las horas fueron transcurriendo hasta que recibí esa llamada que altera el rumbo de tu día, que transforma tu vida, de las que les conté al inicio. Ahora fue mi madre quien me decía: “mija, tu primo me acaba de llamar, tu tío Luis parece que se desmayó y no reacciona, tu papá y yo vamos a su casa, tus primos ya pidieron una ambulancia, te vuelvo a hablar en cuanto sepa la condición de tu tío”. Al colgar el teléfono, mi corazón latía más rápido que de costumbre, se negaba a creer que existiera esa posibilidad que mi razón y mi memoria me decían. Unos diez minutos después, mi celular anunciaba otra llamada de mi mamá, no quería contestar porque no estaba lista para escuchar lo que ella me tenía que decir, porque así, mientras mis oídos no escucharan esas palabras, para mí eso no iba a existir y todo iba a permanecer igual, pero recibí cuatro llamadas continuas

de mi madre, así que tomé valor para pulsar el teléfono en “recibir llamada” y al escuchar el tono de su voz supe que algo no estaba bien y en efecto “El negrito”, mi tío también se había ido, de la misma manera que mi abuelo. Mi tío Luis, hermano mayor de mi papá, para mí se convirtió como en un segundo padre, por todo su cariño, por sus consejos, por su presencia, por su mirada, un hombre también con un noble corazón, jodón hasta las rodillas, con un humor ácido pero también bonachón, la mayoría de las veces con una sonrisa, tratando de ocultar su dolor o sus preocupaciones, disfrutaba de la música, del buen comer, de estar con sus hermanos y bromear, amaba inmensamente a cada uno de sus hijos, por quienes hizo todo lo que estuvo en sus manos para darles lo mejor. Cada vez que lo veía y que nos despedíamos me decía: “negri, sé feliz, no les hagas caso a tus papás, solo itú sé feliz!” Aún conservo por ahí un video, de esos caseros y del momento, donde mi tío está en gran fiesta bailando y cantando, riendo a carcajadas y con esa mirada que transmitía muchísimo más que sus palabras. ¡Te extraño tanto tío y también te amo! Gracias por ser tú, por dejarte abrazar y por ser parte importante de mi vida.

Este año, ha sido complicado, como muchas familias que han perdido a algún ser amado debido a la pandemia, también yo. Mi abuelita se reunió finalmente con su querido esposo y con su amado hijo y aunque la extraño con todo mi corazón, al mismo tiempo me siento en paz con ella por todo lo que nos dimos, porque ya estando viejita la acompañaba en su lento caminar, sin prisas, a su ritmo, guiándola porque poco podía ya ver, hablándole con mucho amor, repitiéndole varias veces la misma respuesta porque me volvía a preguntar lo mismo una y otra vez, cuidándola al ir al baño, ayudándola a comer,

escuchándola, besándola, abrazándola y expresándole de muchas maneras cuánto la amaba. Hilda, una mujer encantadora, muy querida en toda su familia, que transmitía su alegría y paz, que le gustaba brindar con los suyos y con una exquisita sazón para la comida. Si llegabas a su casa, a la hora que fuera, siempre tenía algo que ofrecerte, un chocolate frío o caliente, café, arroz con leche y si tenías más hambre entonces su guisado del día o sus tradicionales frijolitos. Creyente de Dios, de su palabra y con total Fe en la Voluntad de Él. Mi tierna abuelita, tu presencia en mi vida le dio tanta luz, amor, risas, alegrías, esperanza, gracias por tus palabras, por tus cariños y por dejarme estar en tu vida. Te amo inmensamente.

A los tres, en estos días, les he puesto su altar, con la esperanza de que vengan a verme, de tenerlos en casa, y si en algún lugar de este mundo se encuentran sepan que no los olvido, que los recuerdo con el mismo amor que la última vez que los vi, que su ausencia aún me duele, que quisiera estar cerquita de ellos y sentir sus abrazos, sentir su piel, escuchar otra vez su voz y que principalmente sepan que no importa los años que pasen, que siempre y eternamente los voy a llevar en mi mente y en mi ser. Gracias por existir en mi vida, porque, aunque ya no habiten este plano terrenal, existen en mi corazón. Los amo inmensa e infinitamente y cuando llegue mi día y por fin nos encontremos, deseo abrazarlos, no soltarlos por un buen rato, ponernos al día, reír y continuar el camino, más allá de la vida, junto a ustedes.

Con amor, la negrita.